

Martínez Campos, 28/I/07
Versión para MI ZIQUITARO
(Publicado en GUIA, 1/IX/1996)

EL ASUNTO MÁS PELIAGUDO Silviano Martínez Campos

También de dolor se canta, dice la canción; y puede ser que también de miedo se ría uno, aunque no lo diga la canción y a lo mejor esas afirmaciones envalentonadas de que “la vida no vale nada “ y “ a mí la muerte me hace los mandados”, no sean otra cosa que rendirle pleitesía y presentarle nuestros respetos a la señora huesuda que, esa sí, jala parejo.

Cuentan viejas crónicas que una vez llegó a un pueblecito una señora flaca, vestida de negro, preguntando por un tal Juan (que pudo muy bien ser un Pedro o un Silviano cualquiera). El Juan del cuento, parando oreja se enteró que aunque tal vez llevaba escondida la guadaña, la tal dama era la muerte y lo iba buscando precisamente a él.

Ni tardo ni perezoso, se “peló” del lugar y fue a su casa, se peló la cabeza para no ser reconocido y en eso llegó la de negro preguntando por Juan y, como es muy puntual la señora de la guadaña, consultó su reloj digital, vio que era la hora exacta de llevarse a su cliente, pero al no identificarlo por rapado, se dijo a sí misma: “Aunque sea a este peloncito me llevo” y fue como el del cuento de todas maneras “se peló” de este mundo.

Ya sea representada como señora de negro o esqueleto bailarín con todo y guadaña, el caso es que desde niños nos reímos de ella y hasta le cantamos: “La muerte ciriquiciaca/ montada en su burra flaca/ le lloraban los ojitos/porque no podía hacer c....”.

¡Hay señor!, aquí sí ni quien se escape y bueno será tener en cuenta aquellos versos iniciales del poeta español Jorge Manrique en “Coplas a la muerte de su padre”: “Recuerde el alma dormida,/ avive el seso y despierte,/ contemplando / cómo se pasa la vida,/ cómo se viene la muerte/ tan callando/ cuán presto se va el placer,/ cómo, después de acordado / da dolor,/ cómo, a nuestro parecer,/ cualquiera tiempo pasado/ fue mejor”.

Y más adelante: “Esos reyes poderosos/ que vemos por escrituras / ya pasadas, / con casos tristes llorosos,/ fueron sus buenas venturas/ trastornadas; / así que no hay cosa fuerte:/ que a papas y emperadores/ y prelados/ así los trata la muerte/ como a los pobres pastores/ de ganados”.

Mal de muchos consuelo de tontos, pero de tontos no tenemos nada. Desde siempre, nosotros, homo sapiens, en todas las culturas, hemos practicado ritos funerarios que generalmente apuntan hacia una creencia de que aquí no termina todo, sino hay un “más allá”, lo que indica, también,

que consideramos este asunto como el más importante, entre los importantes.

Y cuál más cuál menos, todos hemos vivido una experiencia de muerte próxima, como la prematura de un hermanito retozón llevado en las alas de los ángeles cuando apenas iniciaba sus primeros “gateos”, o la del hermano adulto arrebatado de la vida en pleno florecer por la inclemente enfermedad o de los ancianos seres queridos que apagaron su luz luego que ésta alumbró con reluciente humanidad a quienes los rodeaban.

Pero también experiencias en las muertes de inocentes en tu comunidad, provocadas por mentes protervas o enfermizas o las muertes accidentales que cortan flores juveniles a destiempo y de las cuales tal vez habría qué responsabilizar a una civilización mecánica.

LA CULTURA DE LA MUERTE

Se ha dicho que, por lo menos en algunas áreas de nuestra civilización, estamos envueltos en una especie de cultura de la muerte y no tanto por sus efectos desastrosos en guerras, algunas de ellas fomentadas por los traficantes de artefactos letales, sino porque de alguna manera se cultivan los antivales e la ley del más fuerte y del más armado y consecuentemente se debilitan las relaciones que fomentan la vida y el respeto al más débil y desvalido.

No otra cosa sería el mantenimiento de los mecanismos de dominación que conducen a pobrezas, miseria y hambre, no sólo en personas, comunidades y naciones, sino también, como en el caso de Africa, a continentes enteros. Una muerte sin fin que acaba primero con los débiles entre los débiles, los niños.

Pero muerte también, en el alma de personas y pueblos, cuando se atenta contra su propia identidad y predomina la cultura de lo trivial mercantilizado, neutralizando la cultura del sentido y de la genuina relación, ya sea en las altas expresiones del arte o en los modos de ser comunidad y pueblos que no por populares, son menos genuinos y humanos.

Inútil eludir, pues, el asunto peliagudo de la muerte, si está por todos lados, pero tal vez los poetas capten mejor estas cuestiones, como Xavier Villaurrutia en su poema “Nocturno en que habla la muerte”, donde la hace decir: “Nada son estas cosas ni los innumerables/ lazos que me tendiste/ ni las infantiles argucias con que has querido dejarme/engañada, olvidada/ aquí estoy, ¿no me sientes?/ Abre los ojos; ciérralos, si quieres”.

O de “La muerte sin fin” de Gorostiza: “Sabe la muerte a tierra, / la angustia a hiel./ Este morir a gotas/ me sabe a miel”. O de Walt Whitman “El Deseo Inefable”: “El deseo inefable jamás cumplido en la vida ni en la tierra, / Hazte ahora a la vela, navegante, para buscarlo y encontrarlo”. O la última estrofa de “Vivo sin vivir en mí...” de Santa Teresa: “Vida, ¿qué puedo yo darte/ a mi Dios, que vive en mí, / si no es el perderte a ti / para

merecer ganarte?/ Quiero muriendo alcanzarte,/ pues tanto a mi Amado quiero,/ que muero porque no muero”.

Cosas de poetas y de santos, pero el hecho es que aun cuando algunas culturas quieran ocultarlo con artilugios y maquillajes, el hecho de la muerte allí está, como ha estado siempre presente en las consideraciones del homo sapiens.

Pero dicen los estudiosos que en el caso de los primeros cristianos la muerte se veía con alegría y se vestían de blanco para celebrar los funerales y citan a Orígenes: “Nosotros celebramos el día de la muerte, pues los que parecen morir, realmente no mueren” y no fue hasta siglos después cuando todo se cambió por luto, por diversas razones.

Tal vez sea así, pero de todas maneras para el cristiano hay la honda convicción de que la muerte es un desorden pero de ella ha triunfado uno de nosotros, Jesucristo, el que vive por siempre. Y si debemos reordenar este mundo para que o haya culturas de la muerte, habrá qué abrigar la esperanza que el cortejo del rey de al vida esté formado por miríadas y miríadas y miríadas de seres humanos y, algo más, que han pasado por este mundo sufriente.